

Dios. Pero, Señor, ¿somos nosotros menos ingratos, menos locos cuando sacrificamos nuestras mas esenciales obligaciones, nuestra salvacion, nuestra religion, nuestra alma á las leyes y á las vanas máximas del mundo, cuando por él os dejamos á vos? Avergüénzate delante de Dios de tu infidelidad; detesta tu pobreza de juicio, tu bajeza de ánimo en haber deferido hasta aqui al imaginario capricho de ese fantástico mundo, y de haberle preferido á tu Dios. A presencia de tus hijos, delante de tu familia y de tus criados no dejes pasar ocasion de ponerles á la vista qué cosa tan ridicula es esto que se llama mundo, y el ningun caso que debe hacerse de él.

2. Jamás uses aquellos modos de hablar tan comunes hoy entre las gentes del mundo: *El mundo no aprueba esto; esto es la moda; hoy no se estila esto en el mundo; el mundo dice; el mundo condena; estamos en el mundo; es menester vivir como el mundo.* Mi Dios, ¡y qué poco cristianos son estos modos de pensar y estos modos de hablar! Digamos por el contrario: *Dios quiere, Dios nos pide, el Evangelio condena, Dios desaprueba, Dios manda esto ú lo otro.*

DIA TREINTA.

SANTA PELAGIA, PENITENTE.

Hacia la mitad del quinto siglo, es decir, por los años de 453, reinando el grande y religioso emperador Marciano, dió el Señor á su Iglesia uno de los mas ilustres ejemplos de su infinita misericordia con los pecadores en la persona de Pelagia, una de las mas insignes pecadoras que se vieron en el mundo.

Habiendo convocado en Antioquia su patriarca Máximo un concilio provincial de todos los obispos sufraganeos suyos, concurrió á él Nono, uno de los prelados mas santos de su siglo. Fué monje del célebre monasterio de Tabenas en la Tebaida, de donde le sacaron por la fama de su eminente virtud para hacerle obispo de Edesa en Mesopotamia, y de aqui fué trasladado á la silla de Heliópolis en Siria, cerca del monte Libano, donde convirtió á la fe innumerables sarracenos y otras naciones idólatras. En todas partes hacian portentoso fruto sus sermones; porque en él todo predicaba su compostura, su modestia, su semblante extenuado por sus continuas penitencias, su humildad, y hasta sus mismos modales llanos y sencillos, pero siempre respetables.

Un dia en que estaban sentados á la puerta de la iglesia del mártir san Julian el patriarca, el obispo Nono y otros ocho prelados de los que habian concurrido al concilio, rogó el patriarca á san Nono que les hiciese una especie de plática espiritual. Ejecutólo al punto; y habló con tanta elocuencia y con tanta uncion, que á todos los tenia como embelesados; pero al mismo tiempo que le estaban oyendo con la mayor suspension, pasó por delante de ellos una célebre cortesana llamada Pelagia. Era la primera comediante de la ciudad de Antioquia, famosa por su extraordinaria hermosura; pero mucho mas por los desórdenes de su licenciosa vida. Llamábanla *la Margarita*, que en el idioma del pais significaba *la Perla*, ó por su rara belleza, ó porque siempre se presentaba cubierta de pedreria. Aquel dia se habia adornado con todo el primor y con todo el arte que le pudo dictar el deseo de parecer bien. Estaba soberbiamente vestida; pero con tanta inmodestia como ostentacion: el cabello artificioosamente rizado, elevada la cofia con cuidadoso desden, sin velo en la cabeza, y el

costado por una y otra parte con todo el desahogo que le sugería la indecencia. Iba montada sobre una briosa mula para estar mas descubierta á los ojos y á la provocacion; y acompañada de una numerosa comitiva de doncellas y de pajes, caminaba como en triunfo por aquella gran ciudad. Escandalizáronse los obispos, y apartaron los ojos de un objeto tan peligroso como profano. Solo el santo obispo Nono, contra su costumbre, la estuvo mirando fijamente todo el tiempo que la pudo alcanzar la vista, y luego que se le ocultó, exclamó deshecho en lágrimas: *¡Ah, hermanos míos, y cuánto temo que esta mujer que pone tanto cuidado en agradar á los hombres, algun día ha de ser nuestra condenacion, por el poco cuidado que nosotros ponemos en agradar á Dios!*

Retiróse despues á la posada con su diácono, que escribió toda esta historia; postróse en tierra, y llorando, gimiendo y dándose fuertes golpes de pecho, decía: *Señor, tened misericordia de este pobre pecador. Veis allí una miserable criatura que gasta los dias en componerse; que emplea lo mas enguñoso del arte, lo mas brillante, lo mas precioso de la tierra para hacerse agradable á los ojos de los hombres, para dejarse amar de ellos; y yo sacerdote, yo obispo, ¿qué cuidado pongo en adornar mi alma con la gala de las virtudes? ¿qué tiempo gasto en purificar mi corazon para presentarle á vos, y para que merezca vuestro agrado?*

Será posible que aquella infeliz mujer tenga mas industria para hacerse amar de los hombres, que yo para merecer ser amado de mi Dios! Pasó el santo obispo lo restante de la noche lleno de dolor y de compuncion, mostrándose inconsolable por su imaginaria indolencia, descuido y frialdad.

La noche siguiente tuvo san Nono una misteriosa vision que refirió á su diácono, el cual cuidó de transmitirle á la posteridad. « Parecióme, le dijo, que es-

tanto cerebrando en el altar, revoloteaba al rededor de mí una paloma cubierta de un asqueroso lodo, que despedía de sí un hedor intolerable; y por mas que yo la espantaba, ella siempre me volvía á inquietar, hasta que el diácono dijo que saliesen los catecúmenos, y entonces tambien desapareció la paloma. Despues de la misa, y dadas gracias, queriendo volver á casa, encontré la misma paloma en el lintel de la puerta; parecióme que la tomé en la mano, y que, habiéndola metido en una gran taza llena de agua, se quedó blanca como la misma nieve sin rastro de mancha alguna; y tomando de repente el vuelo hacía el cielo, desapareció de mis ojos. Quiera el Señor, añadió el santo, declararnos lo que esto significa. »

Era domingo el dia siguiente, y habiéndose juntado en la iglesia todos los obispos para celebrar los divinos misterios, concluido el evangelio, se presentó el patriarca á san Nono, y le rogó repartiése al pueblo el pan de la palabra de Dios, explicándole el sagrado texto que se acababa de leer. Era prodigioso el concurso, porque la solemnidad del dia, la celebridad del concilio, y la noticia de que predicaba san Nono, habian atraído todos los fieles y todos los catecúmenos de la ciudad. Subió al púlpito el santo obispo, y predicó con tanta energia acerca de las grandes verdades de la religion, sobre el sumo mal del pecado, y el infinito tesoro de la misericordia de Dios, que todo aquel inmenso auditorio se deshacía en lágrimas. Hallábase dichosamente en él la famosa cortesana Pelagia, que en otro tiempo se habia alistado entre los catecúmenos; pero sufocados ya en ella por su licenciosa vida todos los piadosos movimientos de religion, solo habia concurrido á la iglesia por mera curiosidad. Mas quiso la gracia hacer aquella ilustre conquista, y tocó eficazmente su corazon. Movióla tanto todo lo que acababa de oír, que no

pudo reprimir las lágrimas; y luego que el predicador se retiró á su posada, le escribió un billete en estos precisos términos :

AL SANTO DISCÍPULO DE JESUCRISTO, LA PECADORA Y
ESCLAVA DEL DEMONIO.

He oído decir que tu Dios bajó del cielo á la tierra para la salvacion de los hombres, y que aquel á quien los querubines no se atreven á mirar por respeto, se dignó conversar con los pecadores y con los publicanos, sin desdeñarse de hablar con una samaritana y con una insigne pecadora. Si eres discípulo de tal maestro, no desprecies á una infame cortesana como yo soy, y no me niegues el bien y el consuelo de tener contigo una conferencia para poder hallar gracia por tu medio con Jesucristo nuestro Salvador.

Mostróse pasmado Nono cuando leyó esta carta, y temiendo algun lazo del demonio por el artificio de una mujer tan peligrosa, le respondió que Jesucristo, su divino maestro, no ignoraba lo que ella era, y conocia perfectamente todo el interior de su corazon; que por lo demás no pretendiese tentarle, pues, aunque era siervo de Dios, era pecador, y tenia muy conocida su miseria; y en fin, que, si su intencion era santa, le podria hablar cuando gustase; pero no á solas, sino en presencia de todos los obispos. Luego que Pelagia recibió esta respuesta, voló á la iglesia de San Julian, y encontrándole entre los demás prelados del concilio, se arrojó á sus piés en presencia de todos, regóselos con sus lágrimas que derramaba á torrentes, y con voz angustiada, interrumpida de sollozos y suspiros, le pidió el bautismo. Representóle el santo obispo que los sagrados cánones prohibian administrar este sacramento á los pecadores públicos, y especialmente á una pública cortesana como

era ella, mientras no renunciassen su vida licenciosa, y no diesen pruebas suficientes de no volver á atollarse en sus antiguos desórdenes. Pelagia, que se mantenía siempre postrada á los piés del santo obispo, le respondió: *Padre, mis lágrimas son las mejores fiadoras de la sinceridad de mi conversion, y pues Dios me ha conducido á tus piés, queriendo servirse de ti para lavarme de mis pecados, mira no te pida cuenta de que dilates mas tiempo admitirme en el número de sus esposas.* Conoció el santo por sus instancias la sinceridad de su mudanza; y siendo de parecer todos los obispos que no debía negarle lo que pedía con tales muestras de contricion y con tan ejemplar perseverancia, no pudo resistirse mas á concedérselo. Entre tanto, se dió parte al patriarca de todo lo que pasaba, y se le pidió su permiso para administrarle los sacramentos, rogándole al mismo tiempo que eligiese alguna virtuosa matrona para cuidar de tan ilustre neófita. Admirado el patriarca de tan no esperada conversion, dió mil gracias al Señor, y rogó á una virtuosa señora, por nombre Romana, muy conocida en toda la ciudad por su eminente virtud y por su continuo ejercicio en todo género de buenas obras, que tomase á su cargo aquella nueva ovejita que iba á entrar en el rebaño, queriendo ser su madrina. La virtuosa señora, fuera de sí de gozo por la ocasion que se le venia á las manos de emplearse en tan buena obra, corrió á la iglesia de San Julian, y abrazó tiernamente á la dichosa Pelagia. Despues que san Nono le hubo explicado los principales misterios de nuestra religion, de que ya se hallaba bastantemente instruida, le preguntó cómo se llamaba: *Mis padres,* respondió, *me dieron el nombre de Pelagia; despues, ó por mi vanidad, ó por la riqueza de mis galas, dieron en llamarme Margarita; tú, padre mio, podrás ponerme el nombre que mejor te pareciere.* Hizole san

Nono los exorcismos acostumbrados; y habiéndola bautizado con el nombre de Pelagia, la confirmó, y le dió la sagrada comunión. Dice el historiador de su vida que, cuando el santo obispo volvió á casa, despues de una funcion tan llena de consuelo, no cambiando en sí de alegría, le dijo á su diácono: *Hermano carísimo, este dia es muy solemne para nosotros; no le he tenido de mas gusto en toda mi vida, y así es menester que todo huelva á fiesta; hoy, contra nuestra costumbre, has de guisar las legumbres con aceite, y hemos de beber un poco de vino.* Luego que se sentaron á la mesa, hizo el demonio un espantoso ruido en la posada; oyéronse ahullidos, gritos formidables, y entre ellos una triste y pavorosa voz, que decia: *¡Oh y lo que me hace padecer este maldito viejo! ¡No le bastaba haber convertido y bautizado á treinta mil sarracenos, y despues á toda la ciudad de Heliópolis? No contento con todas estas conquistas que has hecho á tu Dios á costa mia, me vienes ahora á quitar una cortesana, que ella sola me desquitaba de todas mis pérdidas; ¡no reventarás tú, viejo maldito!* Conociendo el santo el artificio del demonio, no hizo mas que reirse y hacer la señal de la cruz, con lo que le hizo callar, y le echó de allí.

Entre tanto, restituida santa Pelagia á su casa como una nueva criatura, repartió entre los pobres todas sus joyas y todos sus bienes, sin reservar nada para sí, y dió libertad á todos sus esclavos. Aquellas primeras noches tuvo mucho que padecer del espíritu de las tinieblas; pero instruida de su santo director, con la señal de la cruz y con los dulcísimos nombres de Jesus y de Maria, puso en fuga á todo aquel ejército infernal.

Ocho dias despues dejó la túnica blanca, trocándola por un cilicio, y cubierta con un manto que le dió el santo prelado, se salió secretamente de la ciu-

dad de Antioquia, tomó el camino de Jerusalem, y se fué á enterrar en una gruta del monte Olivete, donde todos la tuvieron por un solitario jóven llamado Pelagio, y con este nombre hizo una vida muy penitente, entregadæ á las mayores austeridades, y pasándola en continua oracion. Concluido el concilio de Antioquia, se retiró san Nono á Heliópolis sin descubrir á nadie el paradero de su ilustre penitenta, pues ya lo sabia por divina revelacion. Su diácono Jacobo, que le acompañó al concilio, y nos dejó escrita toda esta historia, deseó ir en peregrinacion á Jerusalem, y pidió licencia al santo obispo. Dióselo san Nono; pero le encargó que, en llegando á la santa ciudad, se informase de un solitario llamado Pelagio, que habitaba en el monte de las Olivas; y que no se volviese sin traerle noticias de él. No se olvidó Jacobo del encargo, y luego que llegó á Jerusalem, preguntó por el solitario Pelagio. Dijéronle que era un ángel en carne mortal; asombro de todo aquel país por su eminente santidad, y tenido por prodigio de penitencia; que despues de cuatro años que se habia encerrado en una especie de sepultura, solo se alimentaba de algunas raices insípidas que brotaban en el desierto, sin otra conversacion que con Dios y con los ángeles. Partió Jacobo á ver al santo solitario, y le halló en una celdilla abierta en el mismo peñasco, sin otra abertura que la de una ventanilla, la cual estaba casi siempre cerrada. Como iba en el concepto de encontrarse con un hombre, no le pasó por la imaginacion que pudiese ser Pelagia. Por otra parte, estaba la santa tan desfigurada, los ojos tan hundidos y tan apagados con sus lágrimas, el semblante tan seco y tan descarnado al rigor de sus penitencias, la tez y el semblante tan alterado y tan mudado, que le fuera imposible conocerla, aun cuando hubiese ido con aquella duda. Dijole

Jacobo que venia de parte del obispo Nono, cuyo diácono era él : *Nono es un santo*, respondió la santa, *y dile que me encomiende á Dios*: con lo cual cerró prontamente la ventana; y Jacobo oyó que comenzó á rezar Tercia. Volvióse este á Jerusalem lleno de admiracion y de consuelo por haber visto aquel prodigio, y despues de haber visitado los santos lugares, como tambien muchos monasterios, donde no se hablaba de otra cosa que de la santidad del solitario Pelagio, no quiso restituirse á Siria sin haberle hecho segunda visita; llegó á la celda, hizo ruido para que le oyesen, y viendo que nadie parecia, exclamó : *Sieruo de Dios, hazme la caridad de dejarte ver*. Como nadie respondiese, volvió al dia siguiente, y sucediéndole lo mismo, repitió lo propio el tercer dia, en el cual, viendo que tampoco le respondian, tuvo la curiosidad de asomarse por la ventanilla, que estaba entreabierta, y vió que estaba muerto el imaginado solitario. Acudió prontamente á dar parte de lo que pasaba á los solitarios del contorno, y todos concurrieron á hacer con el cadáver los últimos officios. Forzóse la puerta, y se sacó el santo cuerpo para embalsamarle; pero todos se quedaron admirablemente sorprendidos cuando se reconoció que era mujer la que se creia hombre, y luego se oyó exclamar de todas partes : *Seais eternamente alabado, mi Dios, que teneis tantos tesoros escondidos en la tierra; no solo entre los hombres, sino tambien en el sexo mas débil y mas delicado*. Esparcida la voz de aquella maravilla por toda la comarca, concurrió en tropel, así la gente de Jerusalem, como innumerables religiosas que estaban en los monasterios de los llanos de Jericó, y á las orillas del Jordan, todas con velas encendidas, cantando himnos, y asistiendo á sus exequias, celebrándose estas con la mayor solemnidad; y desde aquel tiempo fué muy célebre en toda la Iglesia el

nombre de santa Pelagia. Sucedió esta muerte tan preciosa á los ojos del Señor en el mes de octubre por los años de Cristo 468; y su santo cuerpo, muchos siglos despues de su muerte, fué trasladado á Francia, y depositado en el monasterio de Jonarré en el Brié, diócesis de Meaux, donde se celebra su traslacion el dia 12 de junio.

SAN CLAUDIO Y COMPAÑEROS, MÁRTIRES.

Entre los hijos de san Marcelo, centurion de la legion que tenian los Romanos en la ciudad de Leon de España, cuentan varios escritores nacionales á san Claudio, Luperio y Vitorico, los cuales, educados en la religion cristiana, seguian fielmente todas sus piadosas máximas, arreglando sus costumbres con el espíritu de la ley santa de Dios, y por fin de su carrera, testificaron con su sangre las verdades infalibles de nuestra santa fe, á imitacion de su padre, uno de los mas ilustres mártires de Jesucristo.

Movieron á principios del siglo tercero los emperadores Diocleciano y Maximiano, implacables enemigos de Jesucristo, una de las mas sangrientas persecuciones que padeció la Iglesia en tiempo de los gentiles. Enviaron á España por gobernador de la provincia de Galicia á Diogeniano, hombre fiero y brutal, muy proporcionado para desempeñar el principal encargo de aquellos impios príncipes, dirigido á extinguir, si pudiesen, la religion de Jesucristo en todos sus dominios. Presentóse este ministro, zeloso del culto de sus dioses, en la ciudad de Leon; y como en ella brillaban Claudio, Luperio y Vitorico en las acciones mas recomendables que exige de sus profesores la religion de Jesucristo, no tardaron en descu-

brirlos los ministros del nuevo gobernador. Diéronle parte de la conducta de los tres hermanos enteramente contraria á lo que mandaban las leyes del imperio. Con este aviso mandó Diogeniano congregar al pueblo, y le habló en estos términos: *He oido que entre vosotros hay ciertos hombres que desprecian á nuestros dioses y los decretos imperiales; y como ninguno se atreviese á responder, llenos de terror, porque conocian su crueldad, prosiguió: ¿Por ventura todos vosotros consentis con ellos en su propósito? Cuando se mantenía el pueblo en una estática suspension, creyendo Claudio, Luperio y Vitorico ser aquella la ocasion mas oportuna de hacer una confesion pública de la fe que profesaban, encendidos en vivisimos deseos de lograr la corona del martirio, dijeron á una voz á Diogeniano: Nosotros tres somos siervos de Jesucristo, dispuestos á padecer gustosos por la confesion de su santo nombre cuantos tormentos pueda discurrir tu crueldad: mándanos comparecer á tu audiencia, responderemos á tu interrogatorio, pues el Señor á quien adoramos nos dictará cuanto hemos de decir en este caso, conforme tiene prometido á sus discipulos cuando se presenten á los tribunales de sus enemigos.*

Vosotros solos, continuó el tirano, *parece que sois los que resistis obedecer los mandatos de los príncipes del mundo, á quien obedecen tantos millares de Romanos, cuya audacia sin duda os hace temerarios. Yo quiero saber de vosotros la causa de esta loca resistencia. Con razon, respondieron los tres hermanos, está escrito en las santas Escrituras, que no verán los que tienen ojos, ni oirán los que tienen oidos. Tú que ponderas la multitud de los que sacrifican á tus dioses, y obedecen á los emperadores romanos, ¿cómo no reparas los millares de ángeles y fieles creyentes en Jesucristo que los desprecian? De lo que irritado Diogeniano, les vol-*

vió á preguntar: *¿En quién teneis puesta vuestra confianza para responder con esa osadía? Y contestaron los santos, que en el verdadero Dios Criador del cielo, de la tierra y de todas las criaturas.*

Enfurecido el gobernador al oír á Claudio, Luperio y Vitorico, se explicó en estos términos: *Nuestra paciencia nos causa el mayor desprecio, pues da lugar á que á vuestro ejemplo puedan seguir otros vuestra perversidad; y así, ó sacrificad á los dioses romanos, ó preparaos á morir. A esta amenaza respondieron los santos, llenos de un extraordinario júbilo: Nosotros no tememos á los que pueden dar muerte al cuerpo, sino aquel que puede condenar el alma al infierno, bajo cuyo supuesto haz lo que te persuada el diablo tu padre; pues nosotros hasta el último aliento despreciaremos á tus dioses y á los emperadores, que son hijos de Satanás.*

No es fácil poder explicar la ira que concibió el tirano, en vista del desprecio que los santos hacian de sus amenazas; y queriendo desahogar su cólera algun tanto, les dijo: *Parece que el triunfo vil y ruín de los cristianos consiste, segun estoy informado, en hacer gala de sufrir con valentía los tormentos mas formidables, pues yo haré que no tengan esta gloria vana; y siguiendo esta idea, mandó degollarlos sin dilacion, cuya sentencia se ejecutó en 30 de octubre del año 303. Dieron por entonces los fieles sepultura á los venerables cuerpos de los tres ilustres mártires en un lugar oculto por temor de la persecucion; pero luego que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor suyo un templo. Dado despues á los monjes de san Benito, construyeron estos cerca de él un célebre monasterio titulado de San Claudio. Despues que ganó el rey don Alonso á los Moros la ciudad de Leon, á ruegos del rey don Fernando, de Juan, obispo de Leon, y del abad Pelagio, hizo en 23 de mar-*

zo de 1173 el cardenal Jacinto, hallándose legado de la santa sede en España, la solemne traslación de los cuerpos de los tres ilustres mártires á lugar mas decente, con asistencia de muchos obispos, abades y grande concurso de personas eclesiásticas y seculares; habiéndose dignado el Señor obrar muchos prodigios por intercesion de sus siervos, entre los cuales es memorable el siguiente :

Cuando ganó de los cristianos el rey moro Almanzor la ciudad de Leon, queriendo entrar á caballo en el monasterio de San Claudio, rebentó de repente el caballo que le conducia; por lo que, lleno de temor, no se atrevió á hacer daño alguno á los monjes; antes bien los trató con una urbanidad extraordinaria. Este suceso se ve pintado al lado del sitio donde se conservan las reliquias de los santos; y en la sacristia del mismo monasterio se muestran algunos pedazos del caparazon de labor árabe que llevaba el caballo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Africa, la fiesta de doscientos bienaventurados mártires.

En Tanger en la Mauritania, el suplicio de san Marcelo, centurion, á quien cortaron la cabeza bajo Agricola, lugarteniente del prefecto del pretorio.

En Alejandria, trece bienaventurados mártires, quienes padecieron bajo el emperador Decio, con san Julian, san Euno y san Macario.

En el mismo lugar, santa Eutropia, mártir, quien, por visitar á los mártires, fué cruelmente atormentada con ellos, y con ellos mereció la corona del martirio.

En Cagliari en Cerdeña, san Saturnino, mártir, que alargó el cuello á la cuchilla en la persecucion de Diocleciano, bajo el presidente Barbaro.

En Apamea, san Máximo, mártir, bajo el mismo Diocleciano.

En Leon de España, san Claudio, san Luperio y san Vitorico, mártires, hijos de san Marcelo el centurion, que fueron condenados á ser decapitados en la persecucion de Diocleciano y de Maximiano, bajo el presidente Diogeniano.

En Egea de Cilicia, el martirio de san Zenobio, obispo, y de su hermana santa Zenobia, bajo el emperador Diocleciano y el presidente Lisias.

En Altino, san Teonesto, obispo y mártir, que fué muerto por los arrianos.

En París, san Lucano, mártir.

En Antioquia, san Serapion, obispo, celeberrimo por su saber.

En Capua, san German, obispo y confesor, varon de gran santidad, cuya alma vió llevar al cielo san Benito por los ángeles, al salir del santo cuerpo.

En Potenza en Lucania, san Gerardo, abad.

En Issoudun en el Berri, san Talazo, corepiscopo en Auvernia.

En el mismo Berri, san Genitoux, confesor, bajo cuya advocacion hay una iglesia en el Blanc.

En Lorena, el bienaventurado Nantier, abad de San Mihiel.

En Asia, san Artemas, discípulo de san Pablo.

En Cerdeña, el tránsito de san Ponciano, papa.

En Etiopia, los santos mártires Iraeo y Atanasio.

En el ducado de Spoleto, san Félix de Janocastro.

La misa es en honor de la santa y la oracion la que sigue :

Exaudi nos, Deus salutaris noster, ut sicut de beate Pelagie festivitate gaudemus, ita Oyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que, así como la solemnidad de tu bienaventu-

piæ devotionis erudiamur affectu : Per Dominum nostrum...

rada Pelagia nos da una verdadera alegría, así experimentamos tambien el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 5 de la de san Pablo á los Efesinos.

Videte, fratres, quomodo cautè ambuletis : non quasi insipientes, sed ut sapientes : redimentes tempus, quoniam dies mali sunt. Propterea nolite fieri imprudentes : sed intelligentes quæ sit voluntas Dei.

Hermanos, cuidad de caminar cautamente : no como ignorantes, sino como sabios, recordando el tiempo, porque los dias son malos. Por tanto, no seais imprudentes, sino entendid cuál sea la voluntad de Dios.

NOTA.

Por las suscripciones que se leen en los ejemplares griegos al fin de la epístola de san Pablo á los Efesinos, se infiere bastantemente que se escribió en la ciudad de Roma, y tambien porque en ella habla el Apóstol frecuentemente de sus cadenas. Pero como san Pablo estuvo dos veces preso en Roma, es muy probable que habla de la primera prision, especialmente por la circunstancia de haber sido portador de la carta el diácono Tiquiques.

REFLEXIONES.

Rescatando el tiempo, porque los dias son malos. Comprase el tiempo cuando se sacrifican la quietud, las conveniencias, los bienes y los gustos de esta vida para lograr tiempo de vacar al negocio de la propia salvacion, que es el único necesario de este mundo. Todo se conjura para robarnos un tiempo tan precioso, ó

por lo menos para hacérnosle perder; nuestros amigos, nuestros enemigos, el cuidado del cuerpo, de los bienes, de los empleos y de los negocios. Estamos expuestos á mil peligros, á mil tentaciones, á mil escándalos. Nuestra aplicacion, nuestra ansia y nuestro gran negocio debe ser rescatar, conservar, ganar este tiempo tan precioso, que se nos huye con tanta rapidéz. No es nuestro el tiempo de esta vida; estamos en ella como extranjeros y como caminantes; aprovechémonos de él con prudencia; gobernémole con economía; rescatémole á costa de todo lo demás. El tiempo perdido nunca vuelve; pero aprovechando bien el que nos resta, nos podemos resarcir de lo que se perdió en el pasado. Son pocos los que conocen cuanto vale el tiempo de esta vida. Pero ¿qué se hace de este precioso tiempo? Los mas no saben qué hacerse de él, y solo discurren el modo de perderle. Por eso, hay tantos ociosos, tantos empalagados con su misma ociosidad. No hay cosa mas larga que el tiempo para los que le inutilizan : no la hay mas pasajera ni mas veloz para los que le aprovechan. Contados están nuestros dias; en su corto número podemos labrar nuestra fortuna para el cielo y para la eternidad. ¡ Cosa verdaderamente extraña ! Esas mujeres profanas, cuya vida se reduce á una perpetua cadena de pasatiempos, de juegos, de diversiones y de ociosidad, no tienen otro tiempo para trabajar en su salvacion, que ese mismo que pierden. Cae alguna peligrosamente enferma, al punto se llama á toda prisa al confesor; se recurre á los santos sacramentos; se procuran atropelladamente aprovechar aquellos momentos fugitivos, con una razon y con una religion, digámoslo así, medio apagadas, y todo para solicitar la salvacion en aquel residuo de tiempo, habiéndose perdido miserablemente el de la vida muy descuidadamente, y con entera reflexion de querer perderle. El tiempo fu